

Luis León Barreto, miembro de la Generación de los 70, es uno de los autores canarios con mayor número de lectores, puesto que tras ganar el XVI premio Blasco Ibáñez su novela *Las espiristas de Telde* se ha convertido en un clásico. Autor de veinte libros, cabe citar sus libros de cuentos *El Mar de la Fortuna* y *¡Mamá, yo quiero un piercing!*, así como sus novelas *Ulrike tiene una cita a las 8*, *Los días del paraíso*, *La Casa de los Picos*, *El velero Libertad*, *El crimen del contenedor*. Figura en la antología *Cien años de cuentos (1898-1998)*. *Antología del cuento español en castellano*, de José M<sup>a</sup> Merino (Alfaguara, Madrid, 1998).



# Autoayuda

Luis León Barreto



1ª edición, Junio de 2007

Colección: Cuentos para la Guagua

Asesor Literario de la Colección  
Plácido Checa Fajardo

© de esta edición: Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas

Edición no venal  
Depósito Legal: GC-191-2007

Producción, diseño y realización: Cam-PDS Editores, S.L.  
Francisco Gourie 107, 2ª Planta - Ofi. 18  
35002 - Las Palmas de Gran Canaria  
Tfno. 928 44 59 08 | Fax: 928 38 09 97  
editorial@cam-pds.com | www.cam-pds.com

Imprime: Gráficas Sabater  
Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización por escrito de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas.



Un bofetón de aire caliente y húmedo le dio la bienvenida en cuanto puso pie en la escalera. Después, largas colas para pasar los controles. Todo sin prisa, con esa calma santa del trópico.

–Tengo unas chiquitas lindas –le dijo un hombre con uniforme de maletero.

–Gracias –respondió, sin apenas mirarlo cuando le entregó su equipaje. Sólo requería un

baño de agua fría y un largo sueño para olvidar las diez horas de avión.

—No importa, compañero. Yo te las guardo para mañana por la tarde. ¿A qué hotel tú vas?

—Al Habana Libre, y eso significa treinta dólares de recorrido.

Sin ganas de discutir los precios, tampoco quería escuchar al hombrecillo que en una larga retahíla le anunciaba buena ganancia si canjeaba moneda americana por pesos, y que se empeñaba en mostrarle su álbum de fotos. Para darse gusto mirando.

—Esta es Marlén, quince. Y ésta es Yanel: tengo por seguro que no ha cumplido los diecisiete. Lo que sucede es que desarrollan rápido —añadió—. Ahí donde las ve, compañero, hacen teatro y son modelos.

Además del calor y del pesado olor del mar, notó que era la ciudad que buscaba porque en el hotel había un trío interpretando Guantanamera una y otra vez, con un ritmo dulzón y pegajoso de guitarras, maracas y voces. Mojitos a discreción, tan ricos. Luego, ya en la habitación, descubrió que el aire acondicionado no funcionaba y se asomó a la terraza para contemplar las cuadrículas de luz desvaída, una gasa sobre las calles y los parques. Las ascensoristas parecían colegialas de uniforme impecable, sonreían coquetuelas con sus dientes blanquísimos.

Antes de irse a dormir olfateó el salitre y le entró el capricho de pasear por el Malecón, por las piedras sagradas de los desfiles y de los pasos del carnaval, en la avenida por donde entró Fidel cuando la victoria.

De entre las sombras salieron dos chicos muy jóvenes para agasajarlo con un trago de ron de Santiago, el verdadero *Matusalén*. No lo podía despreciar. También le ofrecían buen cambio para su dinero.

—Conocemos lindas chicas, hermano.

Se pasaban la botella con parsimonia para tomar sorbos largos. Entre el cansancio del avión y el desorden horario trataba de disimular la flojera en las piernas.

Al llegar a la habitación lo primero que hizo fue extraer la almohada de su equipaje. No toleraba la de los hoteles: demasiado rígidas, blandas en exceso, hundidas o envaradas. Por eso, costara lo que costara, no salía de casa sin su almohada. Imposible moverse por el mundo sin ella.

Bajó al bufé y saboreó los frutos tropicales antes del puerco frito. Por fortuna no vio al taxista; por desgracia el Floridita de Hemingway andaba en reformas, y la Plaza de la Revolución semejaba un enorme mausoleo. Menos mal que no veía Marlenes ni Yaneles, sino que le mostraban la pureza del sistema en el Parque Lenin, reconocía los logros de sanidad y enseñanza, y la pujanza de los barrios donde trabajaban las microbrigadas, los cementerios y el monumento al Maine, con su nueva explicación antiyanqui.

Por la noche, en La Bodeguita del Medio pidió un daiquiri y para cenar frijoles negros, tajo y yuca. Más tarde caminó por la plaza de la Catedral y empezó a amar aquel lugar de belleza ajada, sus columnas y sus fachadas, la gallardía de sus bulevares, los tinglados del puerto, los

bares sólo para turistas. Todo le recordaba a su abuelo, el que se quedó por aquí. Su guía no le había confirmado si conocía a gente apellidada Castaño. Quién sabe cuántos primos tendría diseminados por los pueblos.

Llenó su estómago de cócteles con buen ron y hielo granizado, coloreado por esencias y jugos de frutos.

Para conciliar el sueño debía leer. Así que cogió algo al azar.

¿Qué está sucediendo en su vida?

¿Cómo anda de salud?

¿Cómo se gana los garbanzos?

¿Le gusta su trabajo?

¿Cómo van sus finanzas?

¿Y sus amores?

¿Cuándo terminó su última relación?

¿Qué se propone hacer en este momento?

Se sobresaltó, la revista de Iberia no podía ser un manual de autoayuda. Si incluso había visto páginas distraídamente, hasta se había interesado por la excursión a Trinidad. Pero qué sería de nosotros sin el tropel de consejeros dispuestos a fabricarnos una mente positiva. A cambiarnos la actitud, a darnos energía.

Timoteo pensó que tendría que descansar; abrió el frasco de pastillas y se tomó dos. Imprescindible dar buena imagen por la mañana, pues al fin la conocería. Ya en la foto le había entusiasmado su apariencia tan juvenil y su sonrisa, y él trataría de corresponder ofreciéndole las glorias de Albacete: sus huertas eran las mejores de la comarca, y qué decir de sus ovejas y sus cerdos. Además, una finquita con buena

uva. En cuanto a lo demás, ya se iría amoldando a la nueva situación. También en las cartas se lo había explicado todo: en su pueblo era bueno el personal pero con poca diversión. Se acostumbraría y él no iba a ser demasiado exigente tras la boda, pues a los setenta ya uno tiene menos necesidad de sexo.